

(Texto clase magistral Mateo Martinic B.)

MIRANDO A CHILE DESDE EL SUR

Al agradecer la distinción con que esta Universidad me honra, cuyo otorgamiento se hace sobre la base de la consideración y ponderación de lo que ha sido una actividad académica de una vida, referida la investigación, comprensión y difusión de la historia, la geografía y características naturales y al patrimonio de la Región Magallánica de la que soy oriundo, me parece pertinente hacerlo, pues la ocasión así se presta, reiterando la valoración del hecho de su condición geográfica meridional como circunstancia calificadora variada y por ello diferenciadora en el contexto espacial de la integridad territorial nacional. El meridión, de este modo, deja de ser circunstancia de ubicación casual para tener el valor de un rumbo trascendente y determinante en el fenómeno del origen y la evolución de un territorio como solar de la nación Chilena, y como motivación particular para su estudio académico.

Miremos pues a Chile desde el sur o, lo que es lo mismo, desde su tierra primigenia con tres diferentes perspectivas. Una, es la mirada descriptiva de la geografía; otra, la visión que proporciona el conocimiento histórico; y una tercera, no fácil de describir, que nace del reconocimiento y el agradecimiento patrióticos. En buenas cuentas y precisando, usando de la capacidad descriptiva de nuestro saber informado por el sentido de la vista; de la fuerza asertiva del conocimiento histórico con el poder de la razón informada; y por fin de la capacidad perceptiva del corazón, que no sabe de la potencia de los sentidos ni del ejercicio juicioso, pero sí de la conservación de sentimientos.

Vamos pues por partes.

Tocante a la primera perspectiva, la geográfica, he de procurar ser creativo desde que la misma ha sido realizada magistralmente por dos grandes figuras de las letras nacionales como fueron la gran Gabriela Mistral y Benjamín Subercaseaux. La primera en la forma de un ilustrativo y vivaz paseo descriptivo de norte a sur para informar y encantar con su rico verbo a sus auditores uruguayos en el transcurso de dos conferencias memorables ofrecidas en 1938 en Montevideo, que le permitió sintetizar en rasgos característicos cabales las partes constituyentes de nuestra geografía patria: el vasto desierto nortino, los valles transversales y el mayor y largo central cuna de la nacionalidad chilena; el sur verde y húmedo, generoso de vida natural y recursos que acaba hundido en el mar de Chiloé y la adusta, enorme, fría y ventosa Patagonia.

Subercaseaux, bien se sabe, en su amenísimo libro Chile o una loca geografía, aparecido por vez primera en 1940, ofrece una visión selectivamente sectorizada por sus formas naturales y su habitar humano, de admirable penetración caracterizadora de la suma de “Chiles” que hacen variado y rico nuestro suelo, sus gentes y sus producciones, sus culturas y tradiciones con una capacidad descriptiva genial y personalísima.

¿Qué podía yo, en consecuencia añadir a la maestría ilustrativa de una y de otro al atreverme con el tema? Poco tal vez, pero así y todo bien vale un esfuerzo para ofrecer una mirada diferente, tridimensional, y no por serlo, menos valida, para entregar un complemento de provecho a lo aportado por ambos maestros en relaciones ampliamente difundidas, y poder cumplir a satisfacción con el requerimiento mencionado.

Desde luego la perspectiva de este sui géneris observador debe ser la contraria a la convencional y ser de sur a norte, como corresponde a quien es hijo del meridión, ha sido formado en él, reside allí y está comprometido con su destino de modo que, con la licencia que permite la retórica que hace posible la mezcla de la realidad con la irrealidad, me convierto en un escalador imaginario y así me sitúo en la Cima de nuestro afamado monte Sarmiento, el monarca bicéfalo de la Tierra del Fuego, que se alza magnifico desde el borde mismo de las aguas del estrecho de Magallanes. Desde este sitio, inmejorable supuesta atalaya, observo desde luego la amplitud del país que por esa latitud alcanza Pacífico al Atlántico dejando a las montañas andinas desde el centro del territorio. Luego, levantando la vista y agudizándola para percibir mejor el conjunto y sus partes/ miro al gran resto de Chile remontando unos cuarenta in tantos grados de latitud. Veo un país larguísimo –con longitud planetaria como que de un extremo a otro de su parte americana redondeada los cinco mil kilómetros– y diverso con una además adición de geografías regionales que caracterizan tipologías diferenciales: archipiélagos, mares internos, campos de glaciares milenarios, unos y otros frutos de acontecimientos telúricos colosales que nos remontan a distantes pero geológicamente recientes épocas de la historia del planeta; luego un territorio de perfiles orográficos más suaves vestido de atractivo verde, salpicado de lagos, flanqueados por una cordillera de los Andes que ya es solo muro que respalda y no columna vertebral que atraviesa como en el meridión patagónico, que se prolonga valle central arriba siguiéndolo como hilo visual conductor, homogéneo en su generosa disposición de tierra cultivables y productivas, en un paisaje densamente poblado, suerte de colmena bullente cohesionadora de la nacionalidad. Más arriba todavía, pero bajando siempre en latitud, esforzando la visión es posible divisar los dominios más ásperos y semidesérticos en un despliegue de orografía que rompe órdenes y esquemas fisiográficos, que en sus entrañas guardan tesoros inconmensurables de riqueza mineral fundamento de la economía nacional y que sin embargo de ello gracias al milagro del agua avara todavía es capaz de ofrecer como primores, cultivos especializado prueba patente de la potencialidad agrícola. Hacia el final, la enormidad del gran desierto, trasunto inerte de otras fisiografías planetarias, las grandes montañas, los espacios colócales del semivacío demográfico y la grandísima

riqueza minera de diferente variedad. ¡Qué país tan admirable se ve desde el sur extremo! Grande, que lo es en verdad en superficie, y rico, que lo es aún más en recursos y potencialidad, con lo que se desmiente la gastada monserga de ser Chile “un país chico y pobre”. ¡Nada de eso! Ya está dicho, grande y rico, en esta dimensión visual semicontinental por su longura. Al suelo emergente propiamente tal que corresponde a esas características definitorias, ha de sumarse el mar adyacente, el viejísimo compañero inseparable de la tierra, tan chileno como esta, como que son consubstancia de un ser geográfico singular.

Ese es, en trazos descriptivos caracterizadores gruesos el Chile que vemos desde el sur lejano, el vasto espacio geográfico que desde hace medio milenio aposenta a nuestra nacionalidad singularizadora como entidad estatal organizada y desde muchísimos años antes como sitio propicio para habitar y desarrollar culturas.

Una segunda mirada desde el sur nos la ofrece la historia con la noción del registro de lo acontecido en 1520 cuando el navegante Fernando de Magallanes, con el patrocinio del rey de España, reveló para la cultura de Occidente el paso marítimo transcontinental que hoy lleva su nombre y, simultaneidad, las tierras de los Patagones y de los Fuegos que lo flanquean e integran con el mismo un vasto espacio geográfico. Con ello, cosa importantísima, puso los fundamentos territoriales de lo que después se conocería como CHILE, esto es, una entidad individualizable en lo geográfico, organizada estatalmente y poblada por gentes que aceptan como comunes una tradición, una lengua, una cultura con matices diferenciadores y aspiraciones de vida signadas por el bienestar y el progreso.

Y con este espacio austral primigenio se enteró a partir de 1540 precisamente y a cabalidad la concepción territorial integradora y fundacional con la que el animoso capitán Pedro de Valdivia inició la formidable empresa de conquista y poblamiento civilizador, como reino singularizado en los términos del dominio imperial hispano en el Nuevo Mundo. Este aspecto determinante, importa recordarlo, que fuera materia de sus reiteradas peticiones al emperador y rey Carlos, se hizo efectivo con la real cédula otorgada en Arras, Flandes, el 29 de septiembre de 1554, disposición esta de la que Valdivia, no llegó a ser beneficiario debido a su inesperada muerte en Tucapel, y de la que sí pudo serlo su enviado personal ante el monarca, Jerónimo de Alderete, ahora por una nueva cédula real, esta vez otorgada en Valladolid el 29 de mayo de 1555. Con ambas, vale reiterarlo, las tierras meridionales de América pasaron a constituir partes inseparables del señorío territorial original del reino de Chile.

Así de nítida y precisa es la mirada que la Historia nos permite hacer desde el meridión al plantear la temprana integración de Magallanes a Chile en los términos geográficos, jurídicos y patrimoniales.

Finalmente, en este otear imaginario de sur a norte, cabe incluir la tercera perspectiva, aquella que nos brinda el sentimiento y el reconocimiento entrañable, profundo y permanente de Magallanes, de su gente toda a través de diferentes generaciones hacia el padre de la Patria por antonomasia, Bernardo O'Higgins, en tanto que inspirador genial de la ocupación de las tierras magallánicas (la Patagonia y la Tierra del Fuego) para su integración definitiva en los dominios jurisdiccionales de la naciente República de Chile, acto trascendente realizado en 1843 durante el gobierno del presidente y general Manuel Bulnes.

La valoración permanente que se ha venido haciendo sobre esta determinación, la más trascendente y significativa de las acciones de paz emprendidas por la República en su historia, reitero, en los ambientes intelectuales de la comunidad magallánica desde unos tres cuartos de siglo a esta parte, nutre el sentimiento entrañable que permite a quienes han nacido y viven en Magallanes (y también en Aysén) "mirar" a Chile desde el extremo sur a través de la gratitud patriótica hacia Bernardo O'Higgins, en tanto que pensadores profundo, por haber hecho posible la reivindicación de los antiguos derechos de la Nueva Extremadura original sobre la vastedad meridional del continente americano y la integración de la misma al cuerpo organizado de la Republica mediante su poblamiento civilizado.

Con esta triple consideración, estimados amigos, sobre la inmensidad y diversidad geografía, histórica, cultural y humana de la Patria, según lo podemos ver y entender desde el sur, me permito agradecer con pertinencia y alguna originalidad la honrosa distinción que hoy ha entregado la Universidad de San Sebastián.

Muchas Gracias